

La geografía como disciplina científica. Por un reencuentro con la historia

Eulalia Ribera Carbó*

Estas líneas están escritas desde la geografía y tratan acerca de esta disciplina científica, pero pensando en que serán leídas por historiadores. No pretenden descubrirle a estos colegas verdades ignotas, pero tal vez sí recordarles las definiciones esenciales de la ciencia geográfica y una larga historia de vínculos estrechos que a veces, desgraciadamente, parecemos olvidar todos, historiadores y geógrafos por igual.

La geografía como disciplina del espacio

El conocido geógrafo inglés Peter Haggett da comienzo a su libro *Geography. A Modern Synthesis*, contando cómo, si se le dieran tres rocas parecidas, una a un escultor, otra a un geólogo y la tercera a un manifestante socialmente inconforme, cada uno de estos personajes haría un uso totalmente distinto de ellas. El escultor pronto le daría a la roca formas artísticas con un cincel, el geólogo no tardaría en partirla con su martillo para hacer observaciones mineralógicas, y el contestatario probablemente no tar-

daría en arrojarla con furia contra la vitrina de un edificio. Pero es evidente que la diversidad de reacciones ante las rocas no la originarían las rocas en sí, sino la actitud de cada una de las personas involucradas frente a aquel objeto mineral de la naturaleza.¹

Es así como, para explicar la esencia de la geografía y la importancia de la variable espacial en su definición epistemológica,² Haggett construye un ejemplo de “actitud geográfica” con una simple fotografía aérea de una playa concurrida durante un día de verano. Se trata de una placa en la que pueden apreciarse el mar, la línea de rompiente de las olas y la franja arenosa contigua, en las que se distinguen en tamaño muy pequeño los bañistas que disfrutaban de un día de sol y agua fresca. Un sociólogo, dice Haggett, pretendería interpretar, a partir de la fotografía, el comportamiento de los distintos grupos que en el momento de la toma están utilizando la playa. Un economista, en cambio, intentaría establecer los costos-beneficios que podrían obtenerse de unos puestos de bebidas y comidas

¹ Peter Haggett, *Geography. A Modern Synthesis*, New York, Harper & Row, Publishers, 1979.

² El concepto de espacio en el contexto de la geografía se refiere a la extensión o área en términos de la superficie terrestre.

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

distribuidos por la superficie de la playa. ¿Cómo reaccionaría un geógrafo?

Ante todo, el geógrafo se abocaría a la localización de las personas y de las actividades que se realizan en el espacio de la playa abarcado por la fotografía, y enseguida se daría a la labor de construir esquemas exactos que reflejaran la distribución de las personas en un mapa de densidades de población. Después, buscaría explicaciones a las variaciones y distribuciones en la playa, centrando así su interés en el análisis de la organización de aquel espacio. ¿Por qué algunas porciones de agua y de arena están repletas de gente y otras están prácticamente vacías? ¿Cómo se relaciona esa distribución con las diferencias en la calidad de la playa? y, por lo tanto, ¿cuál es la relación de las personas con el medio ambiente? Buscando fotografías tomadas desde el mismo ángulo en distintos momentos a lo largo del tiempo, se podrían apreciar tendencias históricas en la ocupación del espacio playero, ciclos estacionales y hasta fluctuaciones semanales. Se encontrarían respuestas en función de las actividades y oficios de la población, de los cambios en las estructuras físicas de la playa y sus nuevas formas debidas a la erosión o a los niveles del agua del mar, o también en los aumentos o disminuciones de la población de regiones aledañas a la playa, en los cambios de las actitudes sociales y en los de las modas en el uso del tiempo libre.

En las relaciones del hombre con aquel medio ambiente costero, el geógrafo estaría obligado a interpretar los fenómenos espaciales insertándolos en un sistema de retroalimentación en el que variables naturales, sociales, culturales y tecnológicas se hacen presentes e interactúan unas con otras. La calidad de la arena, las características del oleaje, los niveles de contaminación, las condiciones climatológicas, las mareas, tanto como los servicios recreativos o las instalaciones deportivas influyen en la apreciación cultural que la población tiene de la playa, misma que también está determinada por los grupos de edad de la población, su nivel socioeconómico, su origen étnico, etcétera. Y también habría que tener presente que la población puede tomar

acciones para alterar el medio ambiente natural de la playa, construyendo rompeolas, introduciendo vegetación o contaminándolo.

Finalmente, el geógrafo podría clasificar los elementos que se hacen presentes en la playa, para construir ciertas categorías regionales que hicieran comprensible la división del espacio y posibilitaran su manejo de una forma racional.

Este sencillo y estupendamente desarrollado ejemplo de Haggett, permite hacer hincapié en que el desempeño tradicional del geógrafo como un estudioso de la localización exacta de los fenómenos sobre la superficie terrestre, no está ceñido, ni debe estarlo, a la mera relatoría de los ordenamientos espaciales. La geografía moderna fue abandonando paulatinamente los trabajos de corte exclusivamente descriptivo, para centrarse en estudios más analíticos en los que la preocupación científica por los fenómenos terrestres posibilita una mejor comprensión y a menudo un mejor uso de las regiones del espacio. Pero como bien dice el propio Haggett, la geografía depende en un alto grado de la relación con otras disciplinas científicas, las exactas y naturales tanto como las sociales. Solamente con el trabajo interdisciplinario, la geografía puede dar respuestas válidas a los problemas que se plantea resolver. Respuestas a problemas pasados, y repuestas a problemas futuros. Respuestas científicas y respuestas aplicadas.³

Definición e institucionalización de la geografía

Hay que volvernos a la historia de la geografía moderna para recordar que la evolución de

³ Sobre el tema de la definición, el quehacer y los conceptos de la disciplina geográfica pueden enumerarse múltiples trabajos escritos desde los diversos enfoques de las escuelas nacionales de la disciplina, y de los cuales citaremos algunos que pueden servir al lector interesado: Ronald Abler, Melvin Marcus y Judy Olson (eds.), *Geography's inner Worlds*, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1992; Vincent Berdoulay y Héctor Mendoza, *Unidad y diversidad del*

la disciplina y las grandes discusiones teóricas y metodológicas que han cimbrado sus fundamentos, van en paralelo a las de otros campos del conocimiento. Sin duda los historiadores pueden reconocer en la historia de la geografía debates equivalentes a los suyos, ya que los horizontes intelectuales y científicos de la geografía se perfilan dentro del espacio cognoscitivo y filosófico general de su momento. Además, en algunos de esos debates, la definición del quehacer geográfico se aproxima hasta tocarse con la del quehacer histórico. Sin embargo cabe mencionar que, en el marco de similitudes de los debates filosóficos en la historia de ambas disciplinas, parece haber un elemento de contraste importante bien anotado por Thomas Glick. Los historiadores son y han sido especialistas más seguros de su papel y de su campo de estudio, mientras que la comunidad geográfica ha evolucionado enfrascada en la discusión permanente en torno a sus formas de razonamiento y su objeto de interés.⁴

Es casi un consenso general señalar al naturalista y científico berlinés Alejandro de Humboldt y a su compatriota, investigador y catedrático de geografía de la universidad de Berlín, Carl

Ritter, como los fundadores de la ciencia geográfica moderna. El primero con una influencia decisiva en la definición de la geografía física, y el segundo en la de la geografía humana.

Sin embargo, autores como Paul Claval y Horacio Capel aseguran que, si bien los dos notables personajes alemanes de fines del siglo XVIII y principios del XIX marcaron decisivamente muchos de los principios geográficos contemporáneos, sus figuras y sus obras no tuvieron resonancia inmediata. Es más, durante varias décadas del siglo XIX la geografía quedó hundida en un gran desprestigio, cuando el desarrollo espectacular de las ciencias especializadas salidas del marco de la Ilustración la dejaba sin contenido temático. La geología, la botánica, la geodesia y la cartografía le habían robado a la geografía buena parte de sus campos de estudio, y la geografía quedaba identificada con la pura descripción de los países, en un conocimiento de corte enciclopédico sin contenido teórico de ningún tipo y dedicada solamente a la divulgación general.⁵

Fue hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la geografía logró definirse como una disciplina sistemática, universitaria y con una comunidad científica institucional. La geografía había sido incorporada en los programas de estudio de la educación primaria y secundaria en muchos países, y por lo tanto se hacía imprescindible la preparación de profesores para su enseñanza. Al mismo tiempo, el expansionismo europeo por todas las latitudes del globo exigía a los países protagonistas llevar a cabo trabajos acelerados de exploración y estudio en los territorios ocupados, que iban de la mano con la investigación geográfica, la

pensamiento geográfico en el mundo. Retos y perspectivas, México, Instituto de Geografía-UNAM / Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática / Unión Geográfica Internacional, 2003; Eric H. Brown (comp.), *Geografía. Pasado y futuro*, México, FCE, 1985; Paul Claval, *La nueva geografía*, Barcelona, Oikos Tau, 1979; Richard J. Chorley, *Nuevas tendencias en geografía*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1975; Olivier Dollfus, *El análisis geográfico*, Barcelona, Oikos Tau, 1978; Pierre George, *Los métodos de la geografía*, Barcelona, Oikos Tau, 1979; Meter Haggett, *The Geographer's Art*, Oxford and Cambridge, Blackwell, 1995; Nacional Research Council, *Rediscovering Geography. New Relevante for Science and Society*, Washington, D.C., Nacional Academy Press, 1997; Nicolás Ortega Cantero, *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1987; Jacques Scheibling, *Qu'estce que la Géographie?*, París, Hachette, 1994; J. F. Staszac (dir.), *Le discours du géographe*, París, L'Harmattan, 1997.

⁴ Thomas F. Glick, "La nueva geografía", en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, núm. 43, Barcelona, Anthropos, abril de 1994, pp. 32-41.

⁵ Horacio Capel, *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova, 1981; Horacio Capel, "Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos", en *Geo-Crítica*, núms. 8 y 9, Barcelona, 1977; Horacio Capel, *Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Oikos Tau, 1981; Paul Claval, *Evolución de la geografía humana*, Barcelona, Oikos Tau, 1981.

creación de sociedades de geografía y, desde luego, con el apoyo decidido de la administración de los gobiernos. Es por ello que algunos autores han asegurado que la geografía del último tercio del siglo XIX fue la hija legítima del imperialismo.⁶

Es importante reseñar aquí la consolidación de la escuela francesa de geografía, por la influencia que tuvieron en ella, más que en otros ámbitos universitarios, los historiadores. En aquellas postrimerías del XIX, los historiadores franceses llegaron a la geografía ante la oportunidad laboral de ocupar las nuevas cátedras en la materia que se estaban creando en las universidades. Y como dice Claval, los historiadores que se transformaron en geógrafos nunca se olvidaron de su primera formación.⁷ La geografía se perfiló primeramente como una geografía histórica que explicaba el pasado, intentando reconstruir los hechos en su marco geográfico. Pero después, los académicos se esforzaron por conformar una ciencia moderna apoyada en la cartografía y, principalmente, en la geografía física. Geólogos y naturalistas se fueron incorporando a la geografía universitaria, y surgió entonces una seria amenaza de ruptura entre la geografía física y la humana, que podía llegar a separarlas, confinando una en la facultad de ciencias y otra en la de humanidades. Además, la disciplina corría el serio peligro de permanecer simplemente como una asignatura auxiliar que sólo contribuyera a comprender el escenario de la historia.

Historiadores y geógrafos se enfrascaron en largas discusiones sobre la eficiencia de cada gremio para explicar mejor las diferencias regionales. El enfrentamiento respondía más a la defensa de ámbitos profesionales que a definiciones y principios científicos, pero los geógrafos supieron encontrar la fórmula para salvar a su disciplina del desmembramiento, sosteniendo y ponderando el valor de la síntesis en los estudios geográficos. La geografía era, y debía se-

guir siendo, una ciencia integradora de fenómenos naturales y humanos, resolviendo en esa integración las combinaciones regionales sobre la superficie terrestre. Y esta propuesta disciplinaria francesa triunfó gracias al ambiente geopolítico de la Tercera República (1871-1914), en el que la geografía podía desempeñar un papel importante para la creación de una imagen única y nacionalista del país, con principios morales y políticos laicos.⁸

Las grandes corrientes científicas en la geografía contemporánea

Si atendemos a los planteamientos generales de Thomas S. Kuhn en su famoso tratado sobre las revoluciones científicas,⁹ podemos afirmar que la evolución de la geografía, como la de todas las disciplinas científicas, se ha llevado a cabo mediante crisis y rupturas epistemológicas que han originado nuevas concepciones, nuevos planteamientos teóricos y nuevos paradigmas. Es posible, sin embargo, reconocer hilos conductores que marcan el carácter de cada disciplina, y que en el caso de la geografía están centrados en lo que Horacio Capel llama los problemas-clave de la geografía, a partir de la institucionalización disciplinaria en el siglo XIX. Uno de esos problemas-clave es el análisis de la diferenciación del espacio en la superficie terrestre, una vez que la geografía abandonó el estudio de la Tierra desde el punto de vista astronómico, y dejó de ser la ciencia cartográfica. El otro es el estudio de las relaciones entre el hombre y el medio, a raíz de la influencia de los naturalistas y de la biología evolucionista. Ambos grandes campos de interés de la geografía han sido abordados desde posturas filosófico-metodológicas que de manera muy

⁶ Horacio Capel, *Filosofía...*, *op. cit.*

⁷ Paul Claval, *Evolución...*, *op. cit.*

⁸ Horacio Capel, *Filosofía...*, *op. cit.*; Horacio Capel, "Factores sociales y desarrollo de la ciencia: el papel de las comunidades científicas", en *Suplementos*, *op. cit.*

⁹ Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971.

simplificada pueden definirse como: positivistas, las que pretenden utilizar un método científico derivado de la ciencia físico-matemática para explicar con leyes generales los casos individuales, y las historicistas, que rechazan un método único para comprender las particularidades específicas de los procesos por estudiar.¹⁰

Corrientes neopositivistas

A partir de la década de 1930, pero notablemente en la de 1950, los geógrafos empiezan a incorporar a su disciplina los métodos cuantitativos que, a través del lenguaje matemático, permiten articular lo que consideran una verdadera cientificidad basada en esquemas hipotético-deductivos. Se ha abandonado la postura empírico-inductiva del siglo XIX, calificada por Einstein como un gran error,¹¹ y se cree absolutamente en la necesidad de elaborar teorías previas al análisis de la realidad. El razonamiento lógico sustenta la validez teórica del pensamiento científico y a partir de él, la explicación de los fenómenos concretos es más certera.

En un artículo aparecido en 1953 en los *Annals of the Association of American Geographers*, el profesor Fred K. Schaefer, de la universidad del estado de Iowa, afirmaba que la geografía debía ser concebida como la ciencia referida a la formulación de leyes que rigen la distribución espacial de los fenómenos en la superficie de la Tierra. Fue en el campo de la geografía física donde más rápida y fácilmente fueron adoptados los métodos cuantitativos y los modelos físico-matemáticos. El estudio de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente fue replanteado y ajustado a la llamada Teoría de Sistemas, basada en el análisis físico de los sistemas termodinámicos, y que pone el énfasis en la explicación de la localización

espacial y las regularidades en las distribuciones de los fenómenos.

Lógicamente, esta nueva postura en la investigación implicó la devaluación de los estudios regionales, de los que la escuela francesa era la maestra, y que se concentraban en la singularidad de los fenómenos geográficos e históricos combinados en cada región. Schaefer sintetiza lo que fueron a partir de entonces las posturas científicas neopositivistas en la geografía, al concluir que la geografía sistemática es inseparable de la regional, en la medida en que las regiones son una especie de “laboratorio en el que las generalizaciones del físico teórico deben soportar la prueba de la experimentación y la verdad”,¹² y califica a la geografía como una ciencia ahistórica al asegurar que sus leyes no responden a referencias temporales.

Corrientes fenomenológicas

Con los antecedentes de la geografía cultural de Carl Sauer, quien en 1931 la definía en su interés “por las obras humanas que se inscriben en la superficie terrestre y le imprimen una expresión característica”,¹³ también desde mediados de los años cincuenta y sobre todo en el ámbito anglosajón, empezaron a aparecer trabajos que ponían de relieve la trascendencia geográfica de las actitudes y la apreciación de los diversos grupos humanos respecto al medio en el que viven. La geografía se adentra en una dimensión subjetiva respecto de la realidad al aceptar que las condiciones objetivas del medio y su representación cartográfica exacta no coinciden con la percepción que la gente tiene de él ni con los mapas mentales que de él se forman.¹⁴ De ahí que el entorno, al ser algo percibido, no es

¹⁰ Horacio Capel, *Filosofía...*, op. cit.; Holt Jensen Arild, *Geography. Its History and Concepts*, Londres, Harper & Row, 1982.

¹¹ Alberto Einstein, *De mis últimos años*, México, Aguilar, 1969.

¹² Fred K. Schaefer, *Excepcionalismo en geografía*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1971, p. 41.

¹³ Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero, *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza, 1982, p. 352.

¹⁴ Peter Gould y Rodney R. White, *Mental Maps*, Nueva York, Penguin Books, 1974.

neutral y no tiene por lo tanto una organización propia; el paisaje debe concebirse como un medio vivido, sentido y subjetivo.

Este tipo de enfoques, que dio lugar a lo que se conoce como geografía de la percepción, utilizó los planteamientos conceptuales y metodológicos de la psicología y la semiología, y tuvo mucha influencia de los trabajos de los urbanistas de la llamada Escuela de Chicago, quienes concebían a la ciudad como un conjunto de símbolos susceptibles de ser interpretado. Los grupos humanos organizan su actuación en el territorio en función de la cultura y la estructura social en la que viven inmersos, y de la valoración que hacen de sus lugares surgen los sentimientos de rechazo o pertenencia hacia él. A partir de ahí, se abren numerosas posibilidades de estudio, como la de la percepción de los riesgos naturales para llevar a cabo la ordenación de un territorio, o la de los recursos naturales evaluados en función de las necesidades sociales y a partir de la información con que cuenta la población, por sólo citar algunos ejemplos.¹⁵

Corrientes críticas o radicales

Durante los años sesenta y setenta, el sistema de relaciones internacionales derivado de la Guerra Fría, la crisis del sistema de dominación imperialista occidental, los procesos de descolonización, el deterioro de las condiciones de vida en las grandes ciudades, y la crisis del sistema capitalista favorecieron la proliferación de movimientos de izquierda y revolucionarios con una nueva reflexión marxista, que repercutieron decisivamente en el campo de las ciencias sociales. La toma de conciencia respecto a los problemas del subdesarrollo, a los problemas ecológicos derivados de los modelos económicos y sociales trazados por las grandes potencias mundiales, y también respecto a los peligros de la carrera armamentista, desembocó en una discusión sobre los objetivos del desarrollo

científico, en la denuncia del conservadurismo académico y la necesidad de reasumir, desde la ciencia, un compromiso por la justicia social. Resquebrajada la confianza en el progreso y en los beneficios del desarrollo científico, se inició una reflexión crítica sobre el papel ideológico de la ciencia y su función legitimadora de la injusticia del orden establecido.

En el campo de la geografía las críticas se enfocaron, primeramente, hacia el empirismo positivista y el abuso de los métodos cuantitativos, y en la búsqueda de una “utilidad social de la geografía”; se incorporaron postulados marxistas al análisis de los fenómenos espaciales. Fueron las revistas *Antipode* en los Estados Unidos y *Hérodote* en Francia emblemáticas en este sentido. No sobra decir que el mundo geográfico francés siempre había sido más crítico frente a los postulados de la geografía positivista, y que en las universidades siempre hubo mayor permeabilidad política, por lo que los radicalismos científicos franceses fueron menos explícitamente trascendentes que los norteamericanos.¹⁶

El aporte más importante de la relectura de los postulados marxistas desde la geografía es sin lugar a dudas el de considerar al espacio como un producto social. La explicación geográfica del espacio debe utilizar categorías que no son espaciales y que la geografía positivista rechazaba, tales como el capital, la estructura social y los conflictos de clase. Hay que analizar los orígenes sociales de los fenómenos espaciales ya que el espacio recibe su contenido de la sociedad. Para entender lo espacial, hay que hacer primero un análisis histórico de los modos de producción y las formaciones sociales que actúan sobre el espacio.

Horacio Capel asegura que en las corrientes críticas de la geografía no hay, por lo general, una actitud dogmática ante el marxismo, y que más bien éste se ha utilizado “como una herramienta flexible de análisis crítico de la realidad”.¹⁷ Tan

¹⁵ Josefina Gómez Mendoza *et al.*, *El pensamiento...*, *op. cit.*; Horacio Capel, *Filosofía...*, *op. cit.*

¹⁶ Josefina Gómez Mendoza *et al.*, *El pensamiento...*, *op. cit.*

¹⁷ Horacio Capel, *Filosofía...*, *op. cit.*, p. 438.

es así, que dentro de las corrientes marxistas en la geografía existen posturas típicamente positivistas, en la creencia de la existencia de leyes causales en el desarrollo de la humanidad formuladas por el materialismo histórico, y otras claramente historicistas que sostienen la importancia de los factores culturales tanto como la de los económicos en la evolución social.

Las reformulaciones teóricas y epistemológicas de la geografía a partir de una postura crítica, que por crítica ha implicado necesariamente flexibilidad y alejamiento de posturas dogmáticas y monóticamente autosuficientes, han abierto las puertas a los derroteros actuales de las ciencias sociales. Lo que ahora oímos calificar de posmodernidad en geografía no es más que la coexistencia e incluso la complementariedad de posturas filosóficas “irreconciliables”, que sin embargo pueden ofrecer, cada una, herramientas válidas para comprender parcelas de la realidad de las estructuras espaciales que estudia el geógrafo. El posmodernismo mantiene por principio la duda ante la construcción de formas de pensamiento que pretenden la capacidad de comprensión completa ante la realidad.¹⁸

La geografía frente a las ciencias sociales y la historia

Fue a partir del desarrollo científico y conceptual surgido de la Ilustración dieciochesca que se estrecharon los lazos entre la geografía y la historia. La geografía se erigió en una disciplina imprescindible para comprender los hechos históricos, no solamente considerando a la superficie terrestre como el escenario natural de los eventos de la sociedad humana, sino teniendo en cuenta también la capacidad indiscutible de ese territorio para influir en los acontecimientos de

la historia. Y en este camino fue que a finales del siglo XIX quedó definida la geografía humana como una rama específica de la geografía claramente ligada con la historia.

Con el nacimiento en la misma línea de la geografía llamada cultural en los años veinte y treinta del siglo XX, y que ya mencionamos líneas arriba, confluyeron los intereses de disciplinas diversas como la antropología, la arqueología y la sociología, además de la historia.¹⁹ El concepto del paisaje cultural como aquella superficie de la Tierra alterada por la mano del hombre, llevó a los geógrafos a considerar necesariamente unidos en la definición del paisaje al espacio terrestre, al hombre, a la historia y a la cultura. Y así, la geografía cultural, en su estudio del paisaje humanizado, se acercó a los trabajos etnográficos de la antropología, y ha compartido con ella problemas comunes de definición teórica y metodológica, al enfrentarse ambas a cuestiones del ámbito de las ciencias naturales tanto como del de las ciencias humanas.

Con la sociología, la aproximación desde las postrimerías del siglo XIX se centró en un continuo debate por apropiarse el campo de los estudios socioespaciales, y desembocó finalmente en la concepción surgida de las corrientes críticas del espacio como un producto social. La reacción frente al determinismo ambientalista llevó a pensadores como Lucien Febvre a hablar, en un sentido contrario, de “posibilismo”, es decir, de las posibilidades de los grupos sociales para transformar el medio físico, y solamente así poder interpretar correctamente la organización y la diferenciación de la superficie terrestre. En los años veinte el nacimiento de la ecología humana como rama de la sociología, que incorporaba conceptos del ámbito naturalista en el reconocido y respetado núcleo académico de la escuela de sociología de Chicago, creó numerosos

¹⁸ Gregory Derek, “Areal Differentiation and Post-Modern Human Geography”, en Gregory Derek y Rex Walford (eds.), *Horizons in Human Geography*, Totowa, NJ, Barner and Noble Books, 1989, pp. 67-96.

¹⁹ Horacio Capel ha estudiado con detalle las relaciones entre la geografía humana y las ciencias sociales: Horacio Capel, *Geografía humana y ciencias sociales. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Montesinos, 1989.

conflictos con los geógrafos que trabajaban sobre temas parecidos dentro del campo de la geografía humana. Así apareció la geografía social como una nueva rama de la geografía, preocupada por las bases sociales de la geografía humana. Son los hechos sociales los que se anteponen en la explicación de la diferenciación espacial; y para los geógrafos marxistas, son las relaciones de producción las que explican la estructura social y su proyección sobre el espacio.

El peso de la geografía francesa y de la escuela de profesores como Vidal de la Blache habían puesto el énfasis en los hechos culturales y de civilización, subestimando los factores económicos en la explicación geográfica. Nuevamente fueron los geógrafos marxistas, y en especial Pierre George, en un ambiente de interés creciente en los problemas de desarrollo y subdesarrollo surgidos después de la Segunda Guerra Mundial, quienes acercaron su disciplina a las teorías económicas y encauzaron el desarrollo de una geografía económica sistemática, en la que la organización espacial heredada del pasado responde a una determinada organización económica en el marco de cada formación social específica. La geografía económica no debe restringirse a ser una geografía de la economía y debe lograr la comprensión de la forma en que la actividad económica se traduce sobre la superficie terrestre.²⁰

Se ha pensado en la figura de Pierre George, dentro de la geografía francesa, como equivalente a la de Pierre Vilar en la historia. Ambos pudieron hacer compatibles sus posturas marxistas, con el rescate de la síntesis y de la “historia total” ligada a los principios de la Escuela de los Annales. George incorporó enfoques marxistas a la geografía, rescatando al mismo tiempo la importancia de muchos preceptos historicistas de la geografía regional francesa, enfatizando además la importancia de la explicación histórica.²¹

Pierre George ha dicho que la necesidad psicológica de situarse a la vez en el espacio y en

el tiempo consagra la unidad orgánica de la geografía y la historia. Una y otra se proyectan en dimensiones desiguales que para la historia oscilan entre los “tiempos largos” y los “tiempos cortos”, y para la geografía implican los cambios de escala. Se ha insistido en que el espacio es el elemento específico del acercamiento geográfico respecto al de otras ciencias humanas, pero el espacio vivido y sentido es un espacio que resulta de la trama de la historia y en el que más que sustituciones hay superposiciones y combinaciones. Un espacio recubre a otro pero no lo borra, y las resurgencias son siempre posibles mientras subsistan las ligaduras entre los grupos humanos y sus espacios. Más que en casos extremos, no hay sustituciones radicales de una organización espacial por otra. En la materialidad espacial como en la memoria de los hombres se construye un patrimonio de herencias que están presentes en la arqueología del espacio.²²

Lo cierto es que con el desarrollo de las geografías social y económica se hizo cada vez mayor el reconocimiento de la dimensión histórica en los procesos territoriales, y el interés por la historia desde el campo de la geografía ha ido acentuándose hasta hoy. Algunos geógrafos empezaron a centrar sus estudios en la reconstrucción de patrones de organización territorial a lo largo de la historia, e historiadores, entre ellos Fernand Braudel como su máximo representante, enriquecieron sus análisis históricos incorporando el concepto del territorio y la influencia del espacio geográfico. Geógrafos e historiadores han intentado ahondar en las influencias mutuas entre sus disciplinas, han realizado estudios geográficos sobre épocas específicas de la historia, y se han adentrado en temas sobre el cambio geográfico y sobre las permanencias históricas en el espacio contemporáneo.

Los trabajos realizados por geógrafos abocados al estudio de la organización de los territo-

²⁰ *Ibidem.*

²¹ *Ibidem.*

²² Pierre George, “La geografía, la historia profunda. A la búsqueda de una noción global del espacio”, traducción del francés de Atlántida Coll Hurtado, texto inédito, 1970.

rios en tiempos pasados, han ido definiendo a la geografía histórica como una rama específica de la geografía. Y es pertinente no dejar de insistir en que la geografía histórica puede estudiar paisajes concretos en tiempos históricos precisos, pero puede adentrarse también en la evolución de las formas espaciales, reconociendo elementos geográficos a diversas escalas, perdurables en los tiempos de larga duración o cambiantes con los acontecimientos revolucionarios de la historia.²³

En la geografía histórica, al igual que en las demás ramas de la geografía, ha estado presente la discusión en torno a la relevancia, o no, del trabajo teórico frente al empírico, y las posturas positivistas se han enfrentado a aquellas de los estudios fenomenológicos de percepción y culturales. Sin embargo, entre los geógrafos históricos la tendencia ha sido mayor por eludir la teoría por sí misma, y más bien aquellos han echado mano de ella para el análisis en estudios de caso. Por ello se habla de la geografía histórica como consumidora más que productora de teorías. Y en este sentido las corrientes radicales marxistas resultaron atractivas a los geógrafos históricos al facilitar la incorporación de la teoría social y los conceptos de cambio his-

tórico, en una evolución geográfica ligada a la organización económica y social de los grupos humanos. En este sentido la geografía histórica se ha mantenido cercana a la Escuela de los Annales.²⁴

También hay que decir que ya desde el final de los años setenta, Alan Baker apuntaba la dirección, en los años siguientes, de las tendencias disciplinarias más abiertas en que los aportes de cada postura filosófico-científica pueden complementarse en líneas convergentes. Él mismo habla hoy en día de que la geografía histórica y la historia no pueden hacer una reconstrucción definitiva del pasado, y que los estudios que se hacen desde ambas disciplinas deben ser siempre revisados en el marco de nuevas teorías, nuevas fuentes y nuevas metodologías. Los historiadores y los geógrafos históricos, dice Baker, deben estar siempre preparados para ver modificadas sus propias interpretaciones del pasado. A partir de sus estudios empíricos, deberían siempre recurrir a la comparación para entender diferencias y similitudes a la luz de teorías sociales, más que aspirar a crear una gran teoría histórico-geográfica.²⁵

Y, desde luego, habría que mantener siempre vigente en la mesa de las discusiones geográficas e históricas la reflexión en torno a las formas de dividir el tiempo y el espacio. Como sugiere David Wishart, los geógrafos han dedicado mayor número de páginas en su literatura a discernir sobre las divisiones del espacio en regiones, que los historiadores y los mismos geógrafos a hacerlo sobre las divisiones del tiempo en periodos. Hay que detenerse en ello, porque la regionalización y la periodización son parte del arte narrativo y piezas medulares en la estrategia para abrir posibilidades a la

²³ Al respecto es interesante el libro póstumo de un manuscrito de H. C. Darby en el que éste hace un repaso metodológico sobre las relaciones de la geografía y la historia en Inglaterra, Francia y Estados Unidos: Henry Clifford Darby, *The Relations of History and Geography. Studies in England, France and the United States*, Exeter, University of Exeter Press, 2002. También se puede consultar Alan R. H. Baker, "Historical geography", en *Progress in Human Geography*, 1, 1977, pp. 465-474; Alan R. H. Baker, "Historical geography: understanding and experiencing the past", en *Progress in Human Geography*, 2, 1978, pp. 495-504; Harris Cole, "Power, Modernity and Historical Geography", en *Annals of the Association of American Geographers*, 87, 4, 1991, pp. 671-683; Claude Cortez (comp.), *Geografía histórica*, México, Instituto Mora / UAM, 1991; Deryck W. Holdsworth, "Historical geography: the octopus in the garden and in the fields", en *Progress in Human Geography*, 28, 4, 2004, pp. 528-535; Hugh Prince, "La geografía histórica en 1980", en Eric Brown (comp.), *Geografía. Pasado..., op. cit.*

²⁴ Véase Alan R. H. Baker, *Geography and History. Bridging the Divide*, Cambridge University Press, 2003; W. Norton, "La condición actual de la geografía histórica", en Claude Cortez (comp.) *Geografía..., op. cit.*

²⁵ Alan R. H. Baker, "Historical geography: a new beginning?", en *Progress in Human Geography*, 3, 1979, pp. 560-570; Alan R. H. Baker, *Geography..., op. cit.*

interpretación y reinterpretación de los hechos pasados.²⁶

No nos hemos detenido aquí en el desarrollo de las diversas escuelas nacionales de geografía, y sólo hemos apuntado, en un repaso muy general, los derroteros marcados por algunos nombres y escuelas que, desde la delantera, han tenido mayor resonancia para la evolución de la disciplina geográfica. Sin embargo nos parece conveniente señalar que, si bien desde los años cuarenta importantes trabajos pioneros de geografía histórica empezaron a realizarse en Francia, Inglaterra y Estados Unidos de América, en México ha sido mucho más tarde cuando los geógrafos han puesto atención a esta rama de la geografía, después, incluso, de que lo hicieran algunos antropólogos e historiadores.

Desde hace alrededor de veinte años, y más recientemente, en forma creciente, geógrafos mexicanos han escrito y coordinado trabajos sobre temas como el de las transformaciones territoriales en el momento del contacto entre los españoles y los habitantes del México prehispánico, la ocupación y organización de territorios novohispanos durante los siglos del régimen colonial, la actuación de algunas corporaciones científicas y militares en la reordenación de esos territorios, la definición de fronteras y divisiones administrativas en la historia de México, el papel del territorio en los procesos de construcción del Estado nacional moderno, o el de las estructuras urbanas mexicanas del siglo XIX, por citar algunos de los más importantes.²⁷

²⁶ David Wishart, "Period and region", en *Progress in Human Geography*, 28, 3, 2004, pp. 305-319.

²⁷ Citamos aquí solamente algunos autores y títulos representativos: Atlántida Coll y Aurea Commons, *Geografía histórica de México en el siglo XVIII: análisis del Teatro Americano*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 2002; Aurea Commons, *Cartografía de las divisiones territoriales de México, 1519-2000*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 2002; Aurea Commons, *Las intendencias de la Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1993; Federico Fernández Christlieb, *Europa y el urbanismo neoclásico en la ciudad de México. Antecedentes y esplendores*, México,

Muy diversas son las fuentes que pueden ser utilizadas para estudiar las geografías del pasado, desde restos arqueológicos y evidencias de la geografía física, hasta bibliografía de toda índole, hemerografía, documentación de archivo, catastros y estadísticas, relaciones geográficas y mapas históricos. Claro está que mientras más lejano en el tiempo se sitúe el interés de estudio, mayor dificultad habrá en el manejo de las fuentes empíricas.

Ésta es una de las razones por las que Rhys Jones busca, en un reciente artículo aparecido en la prestigiosa revista *Progress in Human Geography*, las explicaciones al hecho de que durante las últimas cinco décadas, y más notoriamente en los pasados veinte años, la geografía humana ha estrechado considerablemente los periodos de tiempo en sus investigaciones empíricas y conceptuales. El artículo basa su estadística en publicaciones de la geografía humana inglesa y norteamericana, pero las reflexiones en torno al hecho de esa reducción temporal trascienden sus diversas causas específicas y el ámbito anglosajón. Jones sostiene que la geografía humana se empobrece indudablemente al acortar sus marcos temporales. Y esto lo hace válido no únicamente para el área de la geogra-

Instituto de Geografía-UNAM, 2000; Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (coords.), "Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI", México, Instituto de Geografía-UNAM (en prensa); Héctor Mendoza Vargas, Eulalia Ribera Carbó y Pere Sunyer Martín (eds.), *La integración del territorio en una idea de Estado. México y España, 1820-1940*, México, Instituto de Geografía-UNAM/Instituto Mora/Agencia Española de Cooperación Internacional, 2002; Omar Moncada Maya, *El ingeniero Miguel Constanzó, un militar ilustrado en la Nueva España del siglo XVIII*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 1994; Omar Moncada Maya, *Ingenieros militares en Nueva España. Inventario de su labor científica y espacial, siglos XVI-XVIII*, México, Instituto de Geografía e Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1993; Eulalia Ribera Carbó, *Herencia colonial y modernidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2002; Luz María Oralia Tamayo, *La geografía, arma científica para la defensa del territorio*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 2001.

fía histórica, sino como un cuestionamiento aplicable a la geografía humana en general, incluso cuando está enfocada a problemas del tiempo presente. Ello nos remite a lo que mencionábamos líneas atrás, sobre lo que Pierre George denominó, hace más de treinta años como un patrimonio de herencias presentes en los espacios de hoy. Sin pretender menospreciar el valor de los trabajos sobre geografías contemporáneas, Jones aboga por ampliar las referencias temporales en el quehacer geográfico, convencido de que los procesos históricos y las formaciones socioespaciales de larga duración nos abren las posibilidades de interpretación del presente.²⁸

Cartografía y mapas

Como bien dice Norman Thrower al introducirnos a su historia de la cartografía, pocas obras del pensamiento humano constituyen un reflejo tan excelente de cultura y civilización como el mapa. La cartografía, en su larga evolución, no refleja únicamente el nivel de desarrollo cultural de los pueblos, sino también la percepción que éstos han tenido del mundo, y sus necesidades específicas. En los mapas podemos descubrir el nivel científico y tecnológico de su tiempo, los códigos y razonamientos que subyacen en la obra, las intenciones geopolíticas del que construyó el mapa, o la realidad espacial de otros tiempos. Las cartas geográficas son, por lo tanto, un material casi imprescindible para la reconstrucción del pasado, y quien dice imprescindible dice obligatorio para el quehacer del historiador y del geógrafo histórico.²⁹

Es cierto que la cartografía es el lenguaje geográfico por excelencia. Pero también es

cierto que frecuentemente se considera a los geógrafos como expertos cartógrafos, y ello es sin duda un error. La cartografía, que como la geografía trabaja principalmente con los espacios de la superficie terrestre, es una disciplina esencialmente tecnológica aunque sustentada en principios científicos, y a la que en algunos diccionarios ni siquiera se le reconoce ese carácter y se le define como el arte de hacer mapas. Ciertamente un mapa implica ciencia, implica tecnología y refleja arte en mayor o menor proporción. Y aunque los geógrafos sean los científicos más familiarizados con la lectura de mapas y recurran más frecuentemente que otros a su elaboración para expresar resultados de sus investigaciones, la cartografía es un área de conocimiento que puede cultivarse en muchas materias disciplinarias.

La composición de un mapa puede ser tan difícil como la de un texto, ya que implica un esfuerzo de análisis, de síntesis y, además, el conocimiento del lenguaje cartográfico. Tampoco hay que perder de vista que la elaboración de un mapa requiere de un buen manejo de las escalas, ya que de la elección correcta de la escala utilizada para representar la porción de la superficie terrestre en cuestión, depende que sea o no legible la información que se quiere expresar.

Antes del uso de la escritura, las sociedades humanas han sentido la necesidad de representar sus espacios conocidos. El mapa de Bedolina, al norte de Italia, grabado rupestre de hace alrededor de 4000 a 3500 años, con elementos pictóricos en que figuran personas, animales y casas, y aun probablemente campos cercados, corrientes de agua y pozos, muestra un manejo sorprendente de símbolos y escalas. El de Bedolina es un grabado hecho con lenguaje cartográfico. Y lo mismo se puede decir de las “cartas náuticas” hechas con trozos de madera, conchas y coral por grupos de la Micronesia, de la corteza de árbol pintada por nativos australianos y su representación de áreas litorales, de los mapas dibujados por algunos grupos de indios americanos y, por descontado, de los que los españoles

²⁸ Rhys Jones, “What time human geography?”, en *Progress in Human Geography*, 28, 3, 2004, pp. 287-304.

²⁹ Norman J. W. Thrower, *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002; Gordon East, *The Geography Behind History*, New Cork, W. W. Norton & Company, 1999.

conocieron al entrar en contacto con las sofisticadas culturas mesoamericanas.³⁰

Los pueblos de la Antigüedad que ya conocían la escritura hicieron mapas de los cuales tenemos referencia, aunque pocos se hayan conservado. En Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma, en China, Japón, Pakistán, Afganistán y la India se hicieron levantamientos cartográficos que, en algunos casos, muestran paralelismos sorprendentes. Tampoco se ha salvado mucha cartografía occidental de la Alta Edad Media, pero a través de ella se transmitieron conocimientos de la Antigüedad clásica, que fueron asimilados en los ámbitos islámico y cristiano. Fueron justamente cristianos, musulmanes y judíos a la vez quienes, a fines de la Edad Media, iniciaron el auge de la cartografía europea con sus cartas portulanas construidas gracias al descubrimiento de la brújula china, y manteniendo de alguna manera vigente el concepto esférico de la Tierra. Ya durante el Renacimiento, la traducción de la *Geographia* de Ptolomeo, la invención de la imprenta y los viajes ultramarinos europeos potenciaron la creación de nuevas proyecciones cartográficas sistemáticas, que hicieron posibles los mapamundi manuscritos y, por supuesto, impresos.

Pero la cartografía moderna nació como una ciencia exacta en el siglo XVIII, como consecuencia directa de la revolución científica del siglo anterior y de la mano de la Ilustración. La experimentación vinculada a la observación, el avance de la matemática y la física, las nuevas teorías científicas sobre la Tierra y el Universo, la invención de novedosos instrumentos de medición permitieron el desarrollo de proyecciones cartográficas exactas. Por otro lado, las transformaciones económicas y las revoluciones políticas que desembocaron en la construcción de los Estados nacionales modernos exigían un conocimiento preciso de los territorios e inventarios

³⁰ Norman Thrower hace un repaso magistral de la historia cartográfica desde los tiempos prehistóricos hasta los de los mapas construidos con teledetección e informática. Norman Thrower, *Mapas y...*, *op. cit.*

de todo tipo que permitieran optimizar la administración gubernamental.

Durante el siglo XIX en muchos países, México entre ellos, se instituyeron corporaciones técnicas y organismos oficiales para llevar a cabo los levantamientos geodésicos y topográficos nacionales que, aunque no siempre llegaron a buen término, formaron parte infaltable de los objetivos políticos de los gobiernos. Así mismo la cartografía temática que sintetizaba el conocimiento de las riquezas de los territorios tuvo un desarrollo importante; se elaboraron mapas de usos del suelo, geológicos, de vegetación, planos catastrales urbanos, de ferrocarriles y carreteros, cartas náuticas de vientos y corrientes marinas, de condiciones sanitarias y enfermedades, etcétera.³¹

Sin embargo, lo cierto es que, si bien la cartografía en el siglo XIX se consolidaba plenamente como una actividad principal y estratégica del Estado, que había sido desde el siglo XVI la “ciencia de los príncipes”, como la califica en una frase acertada Norman Thrower, estaba dejando de serlo. Durante el siglo XIX se imprimieron atlas de distribución comercial para el público general y para uso escolar. Las múltiples sociedades geográficas fundadas por el mundo realizaron material cartográfico con profusión, y así, al decir de Carmen Montaner, la cartografía, a pesar de su utilidad geopolítica estratégica que la había hecho un producto de difusión restringida, vivió un proceso de divulgación que puso los mapas al alcance del gran público.³²

En 1891, durante el Primer Congreso Internacional de Geografía en Suiza, se propuso la construcción de un Mapa Internacional del

³¹ Héctor Mendoza e Ignacio Muro, “El mapa nacional de España y México, 1820-1940. Proyectos cartográficos de larga duración”, en Héctor Mendoza, Eulalia Ribera y Pere Sunyer (eds.), *La integración...*, *op. cit.*; Norman Thrower, *Mapas...*, *op. cit.*

³² Carmen Montaner, “La difusión de un nuevo modelo territorial a través de la cartografía: los mapas provinciales de España del siglo XIX”, en Héctor Mendoza, Eulalia Ribera y Pere Sunyer (eds.), *La integración...*, *op. cit.*

Mundo. El avance con altibajos de dicho proyecto, patrocinado más tarde por la Sociedad de Naciones a partir de su creación en Ginebra una vez terminada la Gran Guerra, y después por la Organización de las Naciones Unidas hasta su finalización inacabada en 1987, contribuyó notablemente a la estandarización a nivel internacional del lenguaje cartográfico.³³ Finalmente, la fotografía aérea y las imágenes de la superficie de la Tierra enviadas por satélites desde el espacio exterior, junto con los programas de computación conocidos como Sistemas de Información Geográfica, y que facilitan el análisis espacial de datos así como la automatización de la elaboración de mapas, han acabado de perfeccionar las representaciones cartográficas con las que se puede contar actualmente. Hoy en día, los sectores público y privado, las sociedades geográficas y las instituciones académicas universitarias tienen a su cargo la construcción de mapas científicos y de divulgación, siendo los atlas nacionales lo que Thrower llama la quincuagesima de la producción cartográfica de los países, en los que están expresados “el orgullo nacional y la independencia política”.³⁴

El desarrollo cartográfico de México puede insertarse en las líneas generales que hemos descrito antes. Su larga y rica tradición en el dibujo de mapas iniciada en los tiempos prehispánicos, después sincretizada con las técnicas europeas, y plenamente ilustrada en los tiempos borbónicos, desembocó en el trabajo de los ingenieros topógrafos y militares, que durante los vaivenes políticos del siglo XIX hicieron esfuerzos importantes para la representación del territorio nacional. La necesidad de una delimitación exacta y la divulgación de las nuevas divisiones territoriales, junto a las necesidades de organizar los territorios y consolidar una nueva idea de Estado, hicieron de la cartografía un instrumento ideal para tales efectos. Con la creación de la Secretaría de Fomento,

en la segunda mitad del siglo se levantaron censos de población, se editaron atlas y diccionarios geográficos y se inició el proyecto del mapa topográfico nacional. La Comisión Geográfico-Exploradora creada en 1878 y la Comisión Geodésica Mexicana se fundieron en 1915 en la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos creada por decreto presidencial. Publicaron cartas de conjunto, hidrográficas, de ciudades, estratégicas y militares, y atlas con mapas por entidades.³⁵

En 1968 fue fundada la Comisión de Estudios del Territorio Nacional (Cetenal), ahora llamado Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) que, con el uso de fotografías aéreas y normas cartográficas internacionales, completa ya 2300 hojas de mapas de rasgos naturales y culturales del país a una escala 1:50 000. Finalmente, entre los esfuerzos cartográficos más importantes realizados ya no por organismos públicos, sino por una institución académica universitaria, está la publicación del Atlas Nacional de México en 1990-1992 por el Instituto de Geografía de la UNAM. El Atlas, obra del trabajo multidisciplinario y plurinstitucional que involucró a cerca de trescientos investigadores coordinados por geógrafos universitarios, constituye una obra en tres volúmenes que suman más de 600 mapas generales, de historia y sociedad, de naturaleza y medio ambiente, de economía y relaciones internacionales de México.³⁶

Volvamos atrás diciendo que, efectivamente, la cartografía en México dejó de ser, de forma similar a lo que sucedió en muchas partes del mundo, un material restringido a manos del Estado y de los militares. La cartografía se “democratizó”, se volvió universitaria, se hizo un producto comercial y de interés general, y material didáctico insustituible desde los primeros niveles de la

³³ Norman Thrower, *Mapas...*, *op. cit.*

³⁴ *Ibidem*, p. 191.

³⁵ Héctor Mendoza (coord.), *México a través de los mapas*, México, Instituto de Geografía-UNAM / Plaza y Valdés, 2000.

³⁶ Instituto de Geografía, *Atlas Nacional de México*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 1990-1992.

educación primaria. Pero la cartografía no ha perdido, ni perderá su carácter estratégico. La cartografía seguirá siendo necesaria para el poder, será siempre elemento clave para el proceder geopolítico de los Estados.

Bien dice Yves Lacoste en su conocido libro *La geografía: un arma para la guerra*, que las minorías que detentan los poderes militar, político, policiaco, administrativo y financiero, son las mismas que ejercen el poder que ofrecen la cartografía y la geografía cuando son concebidas como un saber estratégico. Pero también para una guerra revolucionaria, para una guerrilla campesina o urbana, como para cualquier forma de resistencia civil ante un estado inicuo de cosas, el conocimiento cartográfico asociado al geográfico es materia principal.³⁷

Lo que nos toca a nosotros, los científicos sociales, es ponderar la dimensión estratégica de la cartografía para el análisis de las realidades del pasado y del presente. Nos toca a nosotros hacer de la cartografía un arma imprescindible para el éxito y la trascendencia social de nuestro trabajo académico.

Epílogo

La naturaleza de la geografía puede ser aclarada de muchas maneras. Una de ellas es comparándola con las aspiraciones y los logros del arte y de la historia.

Yi-Fu Tuan³⁸

³⁷ Yves Lacoste, *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977.

³⁸ Yi-Fu Tuan, "Realism and Fantasy in Art, History and Geography", en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 80, núm. 3, september 1990, pp. 435-446.

Espacio y tiempo, región y periodo, historia de la ciencia y de la filosofía de la ciencia, mapas y escalas, interacción. Todo debemos tenerlo presente para abrir sin reparos fronteras disciplinarias e institucionales si queremos hacer "nuevas geografías" y "nuevas historias". Los geógrafos y los historiadores debemos unir en nuestros trabajos lo que nunca ha debido estar desvinculado: el tiempo histórico del espacio geográfico. La frase suena a lugar común, pero nunca estará de más recordarla, por aquello de que, no pocas veces, los geógrafos nos hemos olvidado de la importancia del acontecer de la historia en la construcción de los espacios que estudiamos, y los historiadores, de que la superficie terrestre no es únicamente escenario, sino espacio vivido y cambiante que determina, tanto como se modifica por la actuación de los hombres en sociedad.

Georges Benko habla de que si la geografía ha de mantener su identidad, quizá logre hacerlo mejor con un "ideal federalista" que en la unidad disciplinaria; podrá en ese tenor acercarse más certeramente a la conceptualización de la realidad social.³⁹ Lo mismo podemos recomendarle a la historia. Los geógrafos y los historiadores debemos trabajar conjuntamente para construir lo que Alan Baker llama sociedades histórica y geográficamente alfabetizadas, para que ellas, a su vez, sean capaces de tomar decisiones geográfica e históricamente alfabetizadas.⁴⁰

Espacio y tiempo. Geografía e historia. Sirva este repaso del qué, cómo y por qué de la geografía, como invitación a retomar juntos un camino que a veces se nos ha perdido.

³⁹ Georges B. Benko. "Geography, History and Social Sciences: An Introduction", en Georges B. Benko y Ulf Strohmayer (eds.), *Geography, History and Social Sciences*, Dordrecht / Boston / Londres, Kluwer Academic Publishers, 1995.

⁴⁰ Alan Baker, "Historical...", *op. cit.*